



*El corazón
de una dama*

OLGA
SALAR

El mayor tesoro que un caballero debe anhelar es, sin duda, el corazón de una dama.

Lady Sarah ha estado siempre enamorada del mejor amigo de su hermano. Por ello, cuando es apenas una jovencita se cuela en su dormitorio, en la casa de campo de sus padres, y le declara su amor. Matthew Bonham, marqués de Rochdale, huye al día siguiente, preocupado por el interés que ha despertado sin querer en el corazón de la hermana de su amigo.

Tras cuatro años fuera de Inglaterra, Matthew regresa y se encuentra con que Sarah ya no es la jovencita debutante que bebía los vientos por él. Además, por culpa de un malentendido propiciado por él, Sarah se verá obligada a casarse... ¿o hay algún modo de que se libere de un matrimonio sin amor?

*La vida es demasiado corta para perderla
en odios infantiles y en recuerdos de
agravios.*

Charlotte Brontë

Prólogo

A VECES LAS HISTORIAS COMIENZAN POR EL FINAL...

Londres, 1813

—No me puedo creer que lo hayas hecho —apuntó Harry, el duque de Bollingbroke, mirando a su amiga lady Sarah Danvers, una de las más hermosas debutantes de la temporada, como si hubiera perdido el juicio.

—Pues créelo porque te estoy diciendo la absoluta verdad. Palabra por palabra. —Dio un suspiro cansado—. Por alguna pérfida razón la escena se me ha quedado grabada en la mente y no logro olvidarme de ella.

El duque se pasó las manos por el cabello antes de volver a hablar. Seguramente pensando en qué decir, dadas las circunstancias.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando para hacer algo así? Ha sido una completa locura, Sarah. Deberías haberme contado tus planes.

—Es evidente que no estaba pensando, Harry. De haberlo hecho me habría quedado en mi dormitorio, que era el sitio exacto en el que debía estar. Y si no te lo conté fue porque sabía que, si te lo decía, lograrías convencerme de que era una mala idea.

—Es que era una mala idea.

—Lo sé.

Su voz sonó tan abatida que Harry se sintió culpable por haberla regañado.

—¿Sabes? A lo mejor no es tan grave. Dudo que Rochdale vaya a decir nada a nadie y, por otro lado, para mí sigues siendo tan maravillosa e inconsciente como siempre. —Harry la abrazó, sabedor de que en esos instantes su amiga necesitaba de su apoyo—. Y si hay alguien que es incapaz de verlo, ese es su problema.

Sarah se acomodó en los brazos de su amigo, pero se sintió en la obligación moral de advertirle:

—Harry, no creo que sea buena idea que me abracés. Estoy segura de que mi madre nos está mirando por la ventana y va a pensar lo que no es.

El duque rio, divertido. Lady Victoria era una de esas tantas madres que se pasaba la temporada a la caza de un marido para su hija. No obstante, Harry estaba seguro de que ya se había dado cuenta de que entre Sarah y él solo podía haber amistad. Se conocían desde hacía mucho tiempo y nunca se habían visto el uno al otro de un modo romántico.

—Estoy seguro de que tu madre sabe, después de tantos años, que entre nosotros no hay nada más que una gran amistad.

Sarah se separó un poco de él para poder mirarlo a los ojos. Su amigo parecía preocupado por sus sentimientos y Sarah lo adoraba por ello.

—Harry Horace Strafford, está claro que tú no conoces a mi madre. Eso o es que eres un iluso si albergas la esperanza de que mi madre vaya a dejar escapar a un duque —dijo, consciente de que en ocasiones las situaciones más ridículas podían alejar, aunque fuera por un instante, la tristeza.

Capítulo 1

A GRANDES MALES, GRANDES FINGIMIENTOS

Londres, 1817

Lady Sarah Danvers estaba más que molesta, ¡estaba furiosa! Tanto que tenía las mejillas rojas de aguantarse las ganas de gritar algún exabrupto poco femenino.

El problema era que su madre no había creído en su malestar cuando se había fingido enferma, o tal vez lo único que le preocupaba a la duquesa viuda era que su hija se perdiera otra velada de la temporada, idéntica a la anterior, y por tanto sus posibilidades de encontrar marido ese año disminuyesen. Como si ella estuviera dispuesta a casarse con cualquiera. ¿Todavía no había comprendido su madre sus intenciones después de rechazar las atenciones de diez pretendientes?

Fuera como fuera, su táctica había fracasado y ahí estaba ella, de nuevo en uno de los bailes más abarrotados de la temporada, cuando hubiera preferido encontrarse en su casa o, si no, lo más lejos posible de cierto marqués prepotente, antipático y terriblemente atractivo que rondaba por el salón y que había regresado a su vida en el momento menos oportuno.

Por ello llevaba dos semanas alerta para no tropezarse con él, prácticamente desde que este había regresado a Inglaterra tras su largo viaje por el continente, y para ese fin había tenido que fingir más jaquecas de las que había sufrido en toda su vida. Incluso había tenido que renunciar a

sus paseos a caballo por Hyde Park, convencida como estaba de que, si salía con Desdémona a cabalgar, fuera lo temprano que fuera, se lo encontraría allí. Acechándola, dispuesto a recordarle su vergüenza pasada.

Por otro lado, su táctica de evasión había logrado bien poco: solo que su madre contemplara la idea de mandar llamar al médico de la familia para que certificara que estaba fingiendo y poder así seguir arrastrándola de baile en baile, a la caza del marido perfecto o, más concretamente, de lo que consideraba ella que debía ser dicho dechado de virtudes y que se resumía en dos máximas: rico y con título.

Lo más extraño era que Sarah nunca evitaba enfrentarse a los problemas, más bien se lanzaba a ellos directamente, pero Matthew Bonham, marqués de Rochdale, era la excepción que confirmaba cualquier regla.

Ya había sufrido un buen escarmiento por ser demasiado valiente con él, o temeraria, según quién juzgara el hecho. Todo lo que tenía que ver con ese hombre quedaba en un plano distinto al habitual, en el que lady Sarah Danvers, la mujer más valiente y decidida entre las mujeres casaderas de la sociedad londinense, pasaba a esconderse tras los pilares que adornaban los salones más concurridos de la temporada y rezaba para no tener que verse frente a frente con el hombre que años antes había acabado con su sueño de casarse por amor.

Fuera como fuere, su madre no la había creído y en esos instantes la vigilaba como un halcón, pendiente de que no rechazara a ningún caballero que le pidiera un baile, de que ese caballero no fuera a ser el definitivo, aquel que por fin iba a llevar a su díscola hija al altar o, Dios no quisiera, permitiendo que el duque de Bollingbroke la entretuviera más de la cuenta ahuyentando con eso a más futuros pretendientes.

Y es que, tras varios años de intentar emparejarlos, lady Victoria por fin se había dado por vencida y había renunciado a que el duque se convirtiera en su yerno.

Con disimulo, Sarah dirigió la mirada hasta la zona de las matronas en busca de su madre y, en cuanto la vio distraída, supo que era su momento para escapar.

Capítulo 2

UN ENCUENTRO Y DOS DESASTRES

Avanzaba pegada a la pared, muy despacio, sin apartar la mirada de la pista de baile, dispuesta a echar a correr y esconderse si el marqués se encontraba entre los bailarines que giraban al ritmo de la música.

No obstante, no fue necesario, ya que ni él apareció, ni nadie, especialmente su madre, se dio cuenta de su cobarde retirada. El que más o el que menos cotilleaba en grupo o bailaba, lo que facilitó que pudiera escapar con bastante facilidad hasta una de las terrazas de la mansión de los condes de Sheene, los anfitriones de la velada estrella de esa noche.

No había hecho más que salir al aire libre cuando volvió a darse de bruces contra la misma piedra que una y otra vez se empeñaba en interponerse en su camino: lady Elisabeth Masterson estaba colgada del cuello de un caballero al que besaba apasionadamente. Su primera reacción fue retirarse sin ser detectada, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, el perfil del caballero captó su atención. Un mentón marcado, un cabello entre dorado y castaño... De un segundo al siguiente la incomodidad se convirtió en rabia cuando descubrió quién era su acompañante: Matthew Bonham, marqués de Rochdale, el culpable de su mala salud fingida y depositario del entusiasmo de su eterna rival. La única dama a la que detestaba tanto como detesta-

ba que se le descosiera el dobladillo del vestido mientras bailaba un vals.

Durante unos instantes acarició la idea de alertar a los demás. Nada complicado, gritar «fuego» y esperar a que el salón en pleno saliera a la terraza para contemplar la escena. Pero, cuando la rabia del momento pasó, su sentido común hizo acto de presencia avisándola de que eso sería casi como hacerle un favor a Elisabeth, algo que no estaba dispuesta a hacer bajo ningún concepto. Matthew podía tener muchos defectos, pero Sarah estaba segura de que protegería la reputación de Elisabeth aunque ello supusiera una apresurada boda.

Iba a escapar de allí, totalmente irritada, cuando una voz profunda pronunció su nombre.

—Lady Sarah, ¿es usted? —Durante varios segundos permaneció de cara a la entrada del salón, meditando cuál era la mejor opción, si salir corriendo o enfrentarlo de una vez por todas.

Cómo no, ganó su temeridad.

Lentamente, se dio la vuelta y le encaró. Cuatro años sin verse no habían sido suficientes para que olvidara su último encuentro, y eso que no había dejado de intentarlo desde entonces. Para acrecentar su enfado, Matthew sonreía amablemente, como si estuviera encantado con la situación.

Durante el breve segundo en que se permitió mirarle se dio cuenta de que estaba mucho más atractivo que la última vez que lo había visto. Incluso en la penumbra fue capaz de percatarse de ello, lo que la irritó sobre manera.

—Lord Matthew, Lady Elisabeth, les he visto tan entretenidos que no he querido molestar. Así que, si me disculpan... Les dejaré con lo que estaban haciendo. No se detengan por mí, por favor. —Pronunció su discurso con la vista clavada en su rival. No estaba segura de poder mantener la entereza si le miraba a él. Elisabeth, por su parte, la fulminaba con sus ojos oscuros y rasgados. Ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse ante la mordacidad del comenta-

rio, había tanta seguridad en su postura y tanta altivez en su mirada que no fueron necesarias las palabras. Sarah comprendió que, nuevamente, se disputaban el mismo premio.

El problema era que la otra dama estaba aventajada. Matt, el nombre con que ella lo evocaba en sus sueños, solo llevaba dos semanas en Inglaterra y ya había conseguido besarle apasionadamente durante un acto público, a tan solo unos metros de la alta sociedad casi al completo.

Incluso había cierta intimidación en su beso: la mano de él estaba posada sobre uno de sus pechos y los brazos de Elisabeth le rodeaban el cuello, aferrándolo a ella. ¿Estarían prometidos? La idea la hizo pestañear, como si la situación fuera a ser diferente al abrir los ojos. Instintivamente, se llevó la mano al pecho, intentando deshacer el nudo que lo oprimía y que por un segundo le paralizó la respiración.

Tenía que huir de allí antes de ponerse en evidencia, se dijo, tratando de recobrar la compostura.

Se disponía a regresar al ambiente cargado del salón cuando la profunda voz del marqués volvió a retenerla.

—¿Cómo le va a su hermano? Tengo previsto visitarle en el campo la próxima semana. Me gustaría acompañarlo durante el nacimiento de su primer hijo —anunció solemne.

—Se alegrará mucho de verle. Siempre le ha considerado su mejor amigo —aceptó ella, olvidando que nunca le había hablado con tanta frialdad, ni siquiera cuando él le rompió el corazón.

—Igual que yo a él —respondió firmemente.

—Lo sé. Buenas noches. Lady Elisabeth, disculpe que le haya robado la atención del marqués durante unos instantes. Ya vuelve a ser todo suyo, ¡que lo disfrute! —Fue consciente de que con sus palabras había desvelado más de lo necesario, pero no le importó.

Necesitaba dejar salir la ira que sentía por algún lado, necesitaba hacerle saber lo mucho que detestaba esa unión. Odiaba la sensación que la embargaba en esos ins-

tantes y no se trataba únicamente de celos, era algo más, más intenso. Detestaba sentirse débil, pero al mismo tiempo no podía evitar recriminarse a sí misma que, donde ella había fracasado, Elisabeth había triunfado.

Después de todo, había estado en lo cierto al tratar de evitar a Matthew a toda costa, puesto que el encuentro que había rehuido con tanto ahínco había sido peor que cualquiera de sus pesadillas.

La dama escapó a toda prisa, antes que Matt la volviera a retener alargando nuevamente su conversación. El joven había quedado impresionado al volverla a ver. Lo que no esperaba cuando consiguió desembarazarse del abrazo de lady Elisabeth Masterson era encontrarse con el precioso rostro de Sarah Danvers totalmente desencajado y dolido por el beso del que había sido testigo.

Aunque sí que comprendió la frialdad con la que ella le había hablado y que escapara tan rápido de su lado.

Sarah acababa de regresar al bullicio de la fiesta cuando Harry Strafford, duque de Bollingbroke, se acercó a su lado sonriente, como si estuviera especialmente feliz por un buen motivo. No obstante, cambió el gesto por uno de preocupación en cuanto vio la cara de su amiga.

—Sarah, ¿estás bien, querida? —preguntó visiblemente alarmado por su estado—. ¿Necesitas las sales? ¿Aire fresco?

La joven lo fulminó con la mirada, recuperando nuevamente la entereza. Ella no era tan delicada, eso lo dejaba para mujeres como su cuñada Arabella e incluso para la arpía de Elisabeth Masterson, que aunque pusiera cara de no haber roto un plato en su vida, acababa de romper la vajilla completa delante de sus propias narices.

—¡Salgamos de aquí! —pidió alzando la voz más de lo necesario—. Me estoy sofocando por el calor.

—Por supuesto, querida —concedió al tiempo que le ofrecía su brazo.

Sarah notó la mirada airada de su madre en la nuca cuando la vio abandonar el salón de baile por segunda vez, y nada más y nada menos que con Harry.

Durante las tres últimas temporadas, había rechazado a todos los pretendientes que habían acudido a pedir su mano a Charlie, formalmente conocido como duque de Whitmore. Su hermano se lo tomaba con humor, pero su madre nunca había conocido el significado de esa palabra. Se tomaba demasiado seriamente la obligación de casar a su única hija y de hacerlo bien, por lo que la presión a la que Sarah se veía sometida la empujaba a hacer todo lo contrario de lo que se esperaba de ella.

Además, el que su relación con el duque de Bollingbroke fuera meramente platónica era uno de los reproches que tenía que aguantar de su madre día sí y día también cuando se ponía en plan casamentera.

La brisa que no percibió en la terraza la tranquilizó al salir a los hermosos jardines. El camino estaba iluminado con antorchas y el ambiente invitaba a las confidencias.

Caminaron entre las parejas que también habían salido, algunos para refrescarse después de tanto baile y otros en busca de cierta intimidad, siempre a la vista de la gente. No es que nadie fuera a creer que Harry y Sarah pensarán hacer algo indecoroso, todo el mundo sabía que eran amigos desde hacía años. Y aunque Harry disfrutaba de sus discretas aventuras, como cualquier noble, el arraigo que sentía por las buenas costumbres y su educación como heredero de un ducado habían influido en su manera de ver la vida y, sobre todo, en lo que mostraba a los demás sobre sí mismo. Tan solo su hermano menor y sus mejores amigos, entre los que se encontraba Sarah, conocían el verdadero carácter amistoso y divertido de Harry Strafford, octavo duque de Bollingbroke. Quien, dado su *status*, sentía que era su obligación actuar de acuerdo a las normas sociales en

todo momento, no como Sarah, que se dejaba llevar por sus impulsos, sin importarle las consecuencias.

De algún modo era ese antagonismo de caracteres lo que los había convertido en los mejores amigos. Ya que, al mismo tiempo que Harry frenaba el atolondrado sentido de la aventura de Sarah, se veía obligado a acompañarla en sus inocentes locuras, preocupado por cubrirla las espaldas y alegrando con ello su plácida existencia.

Se sentaron en uno de los bancos, a la vista desde las ventanas del salón. Sarah rio ante la idea de que su madre, la duquesa viuda, estuviera mirando por ellas y refunfuñando.

Lady Victoria conocía a la perfección la relación que unía a Harry y a su única hija, por lo que estaba todavía más disgustada. En lugar de buscarse un marido, escapaba de allí del brazo del único hombre que no la veía como una esposa potencial, un duque, para más mortificación materna.

—¿Qué te ha sucedido? Y no me vengas con que tienes calor —pidió Harry bajando la voz para que no pudieran escucharle las parejas que paseaban cogidas del brazo.

—¿Por qué crees que me ha sucedido algo? —cuestionó ella en el mismo tono bajo.

Él arqueó una ceja en un gesto que había visto hacer también a su hermano Colin.

—De acuerdo. Me acabo de encontrar por fin con Matthew. —Él volvió a arquear la misma ceja—. Estaba besándose con Elisabeth Masterson.

—¿Estás segura de eso? Nunca se me ocurrió que Elisabeth pudiera estar interesada en Rochdale.

—Me había olvidado de que Elisabeth es amiga tuya —le recriminó nuevamente enfadada—. Pero te aseguro que lo he visto con mis propios ojos. No mentiría sobre algo tan grave.

—Puede que ya no tenga el mismo trato con ella que antes, pero sigue siendo alguien a quien aprecio, Sarah. Su padre se ocupó de Colin y de mí cuando nuestros padres

murieron. Y después de lo de su hermano... Su vida no ha sido fácil que digamos. En cualquier caso, no te estoy acusando de mentir.

Las palabras de Harry apaciguaron un poco a Sarah.

—He oído los chismes sobre su padre —reconoció ella.

—Tanto mejor. En ese caso, coincidirás conmigo en que no ha tenido nunca a nadie que la apoye.

—Supongo que ese es un buen motivo para defenderla.

—El sarcasmo le afiló la voz.

—No estoy defendiéndola, querida. Solo digo que tal vez las cosas no sean como crees. A lo mejor no está interesada en Rochdale y solo estaba... experimentando.

Sarah estaba a punto de recriminarle que no la defendiera a ella cuando la dichosa voz se lo impidió.

—¡Qué sorpresa, lady Sarah! Parece que en esta ocasión se han cambiado los papeles —dijo Matthew con tono burlesco, al verla a solas en compañía de un caballero. La profunda ira que le invadió cuando la vio abandonar el salón del brazo de un hombre se esfumó cuando se dio cuenta de quién era el caballero en cuestión.

—Que yo sepa, no me has encontrado besando a Harry, así que tu razonamiento es totalmente absurdo y equivocado —contraatacó ella—. Por no mencionar que estamos a la vista de todos, no nos hemos escondido de nadie.

Matthew se abstuvo de hacer ningún comentario, le dedicó una de sus sonrisas ladeadas y se giró hacia Harry.

—Bollingbroke —lo saludó al tiempo que hacía un movimiento con la cabeza, aceptando así que Harry tenía un rango más alto que el suyo.

—Rochdale —respondió Harry Strafford al tiempo que le evaluaba.

Conocía a Matthew desde hacía tanto tiempo que estaba convencido de que su carácter no era un misterio para él. Además, contaba con la información de haber visto él mismo la escena completa, por lo que, a diferencia de Sarah, él no creía ni que Rochdale estuviera interesado en Eli-